



"Murámonos Federico", la novela de Joaquín Gutiérrez, está en prensa para la segunda edición. Esta es la portada de la primera edición.

Murámonos Federico

Joaquín Gutiérrez Mangel
FRAGMENTO

Feo el nubarrón. Feo y amenazador. El chubasco debía venir ya por los Yoses, uno de esos chaparrones cortados a cuchillo. Vecina, ¿me deja colgar la ropa en su patio? Fijese que en el mío está lloviendo.

Bajó del tren y salló de la estación a la calle.

"¿Lo llevo, don Federico?" (¿De dónde lo conocería el chofer?) "Mire que viene el agua; se va a empapar".

"Mejor así. Me refresco".

Dejó atrás al grupo de taxistas y echó a andar cuesta abajo, la valija en una mano, el paquete con los palmitos en la otra. Así le gustaba: llegar a la capital y bajar a pie por la Avenida de las Damas con sus polainas barrocas, la camisa caqui gastada, remendada, sudada, y el viejo sombrero de fieltro que conservaba en la cinta las ondulaciones grisáceas de mil aguaceros. Así le gustaba: ¡que lo vieran! ¡Que lo vieran esos fífliriches ociosos de los ministerios, esos mamones del presupuesto!

A grandes zancadas cruzó frente a la Casa Presidencial. ¿Estaría? ¿Estaría allí asomado? Era amigo de cavilar su primo, pero de cavilar así, entre cuatro paredes, detrás de las cortinas silenciosas. Una sola vez, una sola desde que lo eligieron Presidente él se había decidido a visitarlo.

"Y ¿cómo vas a entender lo que pasa en el país aquí metido como un cusuco en su cueva? ¿Cómo vas a poder gobernar bien detrás de un escritorio? Venite conmigo a "El Zafiro", aunque sea por unos pocos días".

Es cierto que se portó atento y cordial, aunque, claro, no podía.

"Sólo por unos días; sólo para que veas lo que es aquella maravilla, qué futuro enorme tiene esa región".

"No, lo siento, imposible".

"Pues ya sería hora de que todos en Costa Rica entendiéramos que no podemos seguir viviendo amontonados entre el Irazú y el Poás. ¡Ya en estos potreros no cabemos. En cambio si pudieras ver aunque sólo fuera una vez aquella inmensidad!".

El guardia de la garita pareció reconocerlo y al pasar lo saludó tocándose el quepis con los dedos.

"Volvé cuando querás, Federico —le había dicho su primo

al despedirlo—. De todos modos me hace bien hablar con vos. Tenés otro ángulo. Y valor para mirar las cosas".

¡Sí, boludo, sí, voy a volver a gastar saliva en vano!

Los palmitos pesaban como demonios, el cordel del paquete le cortaba los dedos y el aguacero se acercaba. Una bandada de colegiales pasó corriendo a su lado. Podía haber subido, quizá con el pretexto de regalarle un palmito... Aunque para qué. Para qué se hacía ilusiones si ya no podía pensar en invitar a nadie a "El Zafiro". ¡Si ya ni bote tenía! Si pensando en serio "El Zafiro" era ahora un poco de soledad y desesperanza. Quien sí lo invitaría pronto, y a él sí que le iba a aceptar, sería Amster Brooks. Lo llevarían en helicóptero; le tendrían preparado un banquete de sopa de tortuga y asado de tepezcuintle, y una marimba traída expresamente... Todo al pelo. Hasta camareras, con delantalcitos de encaje.

Se apuró; el chubasco le pisaba los talones. Entró en la cantina "El Morazán", dejó los paquetes en el suelo y pidió lo de siempre: un refresco y dos bolovanes con anchoas.

"Mirá, Garita —preguntó al viejo dependiente, chico, calvo y turnio, mientras se frotaba los dedos adormecidos por los cordales— ¿ese frasco panzón es el mismo desde que éramos chiquillos?"

Gorda, reluciente, rosada y rezumando frescor, en la enorme jarra de cristal nadaban trocitos de fruta y grandes pedazos de hielo. Garita la preparaba cada día de madrugada, con sirope y un picadillo de banano, naranja y piña.

"Sí, don Federico, es la misma. Nunca se ha quebrado a Dios gracias".

Era la misma. Qué cosa. Treinta años y la condenada se mantenía rosada y quinceañera.

"¿Y esos palmitos, don Federico?" Garita pasó el limpión por el mostrador reluciente.

"Se los compré a una vieja en Tucurrique".

"¿Qué hermosotes! ¿Pero no decían que los palmitos ya se están acabando?"

"Sí, así es. Cada vez, me decía la vieja, hay que meterse más adentro en la montaña para encontrarlos".

Garita suspiró y volvió a limpiar el mostrador.

Se conocían desde los tiempos de las medias cortas y las

bicicletas, ya ni uno de los dos era joven y los palmitos se estaban acabando. Por el ojo turno de Garita se coló el rayito de tristeza que brilla en el cristal de los relojes de arena. Toda una vida pasando el limpión al mostrador, toda una vida durmiendo en una tijereta en la trastienda. ¿Quién podía así imaginar las cosas inverosímiles que ocurrían fuera del barrio, en el país, en el universo? Y a tantas cosas insólitas que ocurrían ahora se su-

maba aquella lenta y dolorosa tragedia vegetal: la extinción de los palmitos. Sacudió con pesadumbre la cabeza y le pasó otra vez el limpión al mostrador reluciente.

"¿Y es cierto, don Federico, usted que vive en la montaña de be saberlo, lo que contaban el otro día aquí unos morenos, que las panteras negras, que antes no había en Costa Rica, ahora hay? Dicen que están emigrando, desde Nicaragua, y que ya se ven

por los llanos del Sarapiquí.

"Totalmente cierto, Garita. vienen huyendo de los Somoza. Por el Pacuare ya llegaron también".

"Y decían que son el más feo de todos los felinos; peor que los tigres de Bengala. ¿Será cierto? ¿Y es cierto que son todas negras, negras?"

"Sí, menos los ojos que los tienen verdes, son de un negro lustroso, un pelaje lindo".

Para a la Pág. 10

Murámonos Federico

Visto de la Pág. 8

"Y ¿a usted le ha tocado toparse con alguna?"

"A mí no, por suerte, pero a Epifanio sí".

Como obedeciendo a un conjuro el peón apareció en el fondo del vaso. Correoso. Humilde. Callado. Un día llegaron a comunicarle la orden de desalojo. El hijo mayor contestó que no estaba y el tipo di'ó que tenía órdenes de sentarse a esperar, porque debía llevarse el talón de la orden firmado. Epifanio, al oírlo, salió de su escondite con la guábil cargada. El tipo entró en razón y se fue, pero, como él mismo se lo advirtió, a los pocos días los coyotes volvieron. Ahora eran cuatro, todos armados. Federico los vio pasar río abajo, y luego, de regreso. Traían a Epifanio como un saco entumido en el fondo del bote, con los codos amarrados detrás de la espalda.

"¿Se siente mal, don Federico?"

"No, Garita, no es nada. Gracias".

"Pero usted me estaba contando que a un amigo suyo le había salido una..."

"¿Qué le estaba contando?"

"De las panteras. ¿No se acuerda? Que a un amigo suyo, una vez..."

"Oh sí. Le salió. Fue una noche en que andaba por el monte cazando venados. De pronto vio el bulto a unos pocos pasos, alcanzó apenas a echarse la escopeta a la cara y le disparó. Dice que le disparó creyendo que era un oso hormiguero y que el susto se lo llevó después, cuando

la vio ya muerta. Era enorme, con unos colmillotes así. Después cortió la piel y me la regaló".

El chaparrón había pasado, pagó, se despidió y continuó su camino. Fue el SAG, esa misma noche leyó en el hotel hasta la madrugada el informe sobre el "moko", y al día siguiente, cuando su abogado le explicaba el enredo de la cédula hipotecaria, le costó concentrarse. Sólo pensaba en hongos, en organismos patógenos, en vástagos enfermos.

"¿Entonces qué, colega, vamos al remate? ¿Se atreve?"

Tenía nombre en latín, pseudomonas solanocearum, manías de los sabios de colgarle etiquetas a todo.

"Lo tengo todo estudiado. No nos puede fallar. Pujaremos hasta ciento ochenta mil. Más no. El colega Peralta es un zorro viejo, se daría cuenta y no caería en la trampa.

"¿Y si la deja ir por los ciento ochenta mil?"

"No se asuste, de eso esté seguro. Ya lo veo gritando prepotente: los ciento ochenta mil y un colón más. Y en ese momento nos ponemos el sombrero y nos vamos calladitos a celebrarlo".

Sí, calladitos para que no nos oiga Epifanio que va como un saco de papas en el fondo del bote con los codos amarrados a la espalda. Calladitos porque si no, de la vergüenza, no podría. Una vez el precarista le había di-

cho: "Don Federico, usted si quiera tiene amigo influencias, ¿pero yo?". Cierto, Epifanio, cierto; pero esperate: ya verás, nos vengaremos juntos.

Su abogado le ponía color, música de fondo, pero él, como los perros detrás de la liebre, viendo por todas partes a Epifanio y las manchas parduscas de la peste en las hojas de las musáceas.

El miércoles volvió a "El Morrazán" a almorzar. Había tamales y quesadillas de chiverre.

"No, Garita, no. No son sólo membras. Hay también panteras machos".

"¿Y ésas cómo se llaman, panteras?"

"No, si es como los pumas y las pumas. ¿O vos creías que eran hermafroditas? —Garita largó la carcajada—. Ya me lo imaginó: a un infeliz leopardo se le ocurre montarse a una pantera y al pobre lo capan de un solo mordisco por vanidoso!"

"¿Así son de feroces?"

"Sí, Garita, así son de feroces". (En una semana cubrían como un fuego toda una plantación. El hongo, que vivía en forma endémica en las raíces de las especies silvestres, podía mantenerse durante decenios en la sombra, agachadito, solapado, pero apenas se talaban los grandes árboles y le daba el sol se reproducía como un energúmeno y en un santiamén. Comoregar pólvora y arrimar un fósfo-

ro...) "Aunque los felinos por lo general no atacan al hombre, Garita. Sólo si andan hambrientos".

"Y ¿cómo se sabe si andan hambrientos?"

"Les disparás primero y después les preguntás".

Garita volvió a reírse y una vez más le pasó el limpión al mostrador reluciente. "Y una última cosa, don Federico, y perdón que lo jorobe con tanta preguntadera —dijo al traerle el café—. Usted me contó que ese amigo suyo le había regalado la

piel de esa pantera... ¿Está curtida?"

"Sí. Bien curtida. Es preciosa".

"¿Muy linda, de veras? —Suspiró—. Porque yo pensaba que usted debe tener tantas cosas exóticas y lindas, y que tal vez esa piel la tiene enrollada botada en un rincón... Es decir..." Había arrugado nervioso, hasta hacerle una bolita, la servilleta de papel.

"¿Tras de qué andás, Garita; qué me querés decir?"

"No. No. Yo decía que si tal vez a usted no le gustaba mucho, mucho..."

¿Sabría? ¿Sabría también el puíperc que estaba al borde de la ruina y que ya había comenzado a venderlo todo? ¿Lo sabría?